

Cambiante

Andrea Solbes



Capítulo 1

– ¿El tren no partirá esta noche? – inquirí indignado

El jefe de la estación me miró cansado. Se notaba que no era el primer cliente molesto por la situación. Su bigote se movió nervioso antes de contestarme.

– Señor – dijo con la mayor amabilidad que pudo – Los guardanoches nos han informado de que las fuertes lluvias han provocado varios desprendimientos a lo largo del recorrido hasta la capital. Por su seguridad, es menester que pase la noche en la ciudad.

El hombre revisó los bolsillos de su chaquetón para sacar un papel y una pluma.

– Vaya a esta dirección y diga que va de mi parte. Le harán un descuento por las molestias.

Aquella ciudad era impenetrable. Las montañas escarpadas e irregulares dificultaban la construcción de carreteras viables para los carros de caballos y tenía una geografía tan abrupta que imposibilitaba el acceso a los zepelines. El único medio de transporte del que disponía aquella localidad era el tren. Por lo que no tenía otro remedio que quedarme aquella noche en la posada que me habían recomendado.

El trabajo me había traído a la inauguración de la biblioteca con mayor número de documentos históricos de Inglaterra. Además, y por caprichos del destino, mi antiguo compañero Robert MacGalahan era el propulsor de esta biblioteca. Y tal y como recordaba, seguía igual de galán que en nuestros años universitarios. Durante la inauguración fue el centro de atención, tanto de los caballeros como de las damas por su porte y agraciados rasgos más propios de los habitantes del mar del norte.

Tras callejear por las estrechas calles de edificios apilados con sus características puertas de madera, entré a la posada que disponía de una taberna en la planta baja. Oteé la barra pero no encontré a nadie para que pudiera atenderme a pesar de que aquella noche estuviera hasta arriba de clientes. De repente la puerta se abrió de golpe provocando que diera un sobresalto.

– ¡¡Marie!! – gritó a coro la multitud de la posada con gran entusiasmo

– ¡Caballeros! – contestó alegremente una joven de veintipocos años – La cerveza está de camino. Así que paciencia, no quiero que sus mercedes

me destrocen la taberna como la última vez.

La joven se quitó la capa empapada en lluvia y me golpeó con ella al hacerlo. Me miró perpleja como si quisiera acordarse de mí pero fuera incapaz.

– Disculpa chico. ¿Te has perdido?

¿Me ha llamado chico? A pesar de mi falta de barba soy un reconocido y prestigioso periodista de Edimburgo! Seguramente yo tengo más edad que aquella jovencita enana de cuerpo regordete embutido en un feo corsé. Y que decir de su pelo negro enmarañado en un moño alto, esas ojeras propias de un villano de novela, aquella nariz minúscula y de esa verruga azul en su mejilla; enorme, horrenda y con pelos que la hacía parecer una bruja de la edad media.

Me erguí y carraspeé para endurecer mi voz.

– Requiero alojamiento – contesté tajante mientras le enseñaba la nota del jefe de la estación y me quitaba el sombrero de media copa.

– Por supuesto – dijo mientras buscaba el libro de registros y entintaba la pluma – ¿Cuál es su nombre?

– Richard Fernsby

Su letra era como la de un niño que estuviera aprendiendo a escribir y su lentitud me ponía muy nervioso. Fue entonces cuando vi cómo le crecía una joroba.

Ella se mordió el labio inferior y miró hacia otro lado. No estaba seguro si molesta o avergonzada pero tampoco me importaba. Estaba calado, necesitaba quitarme la ropa y parecía que mi apellido le estaba dando problemas. Quería llegar a la habitación cuanto antes.

Marie cogió una llave y la seguí hacia la segunda planta pero antes de que pudiéramos subir las escaleras un borracho, que nos había estado observando, nos interceptó. Iba a decirme algo pero Marie, muy jovial, lo interrumpió.

Jaime, ¿qué tal estás? No te preocupes está todo controlado – le guiñó el ojo – Esta noche tenemos nuestras famosas empanadas. Habla con Dany, la primera corre de mi cuenta

De repente la joroba de la posadera desapareció y en el momento que me miró a los ojos para retomar el camino hasta la habitación, me quedé

atrapado en su hermosa mirada azul que me había pasado desapercibida.

El sonido de la puerta al cerrarse me despertó de mi ensoñación percatándome así de mi soledad. Mi habitación era muy modesta y tenía lo esencial para pernoctar. Disponía de una ventana que daba al callejón y por la cual me asomé por curiosidad. Ahí estaba Marie, bajo la lluvia, dejando comida y acomodando una especie de cabaña donde dormía una gata callejera con sus gatitos. Entró al almacén a coger algo y al salir ya no me pareció tan pequeña. Parecía que había crecido varios centímetros.

A los pocos minutos, llamaron a mi puerta. Abrí y Marie entró como si fuera su propia habitación. Dejó las cosas sobre la cama y rellenó el aguamanil con un jarro de agua.

Me he percatado de que no ha traído maleta y que está empapado. Aquí tiene toallas y ropa que perteneció a mi padre para que pueda cambiarse y no se resfríe. – no tuve tiempo a reaccionar. Como una mariposa, se posó junto a la puerta. – Hoy disponemos de sopa, le vendrá bien para calentar los huesos.

Me sonrió antes de marcharse y fue en ese instante cuando su horrorosa verruga se convirtió en un coqueto lunar junto a su boca. Mi corazón palpité con fuerza.

Después de cambiar mis ropas, que me quedaban grandes, bajé a la taberna. Y a pesar del mal tiempo, la cerveza, la música, los bailes y las risas inundaban la modesta posada. Me senté en una mesa situada en una esquina y antes de que me diera cuenta estaba buscando ansioso a Marie.

Y entonces apareció. Acarreada con una bandeja cargada de platos y moviéndose con una agilidad y delicadeza propia de una bailarina. Marie era mucho más esbelta que antes. El corsé que la aprisionaba cuando la conocí ahora resaltaba sus cualidades femeninas, sus marcas de insomnio habían desaparecido para dar protagonismo a unos increíbles ojos azules y a una nariz delicada y respingona. Una cascada negra y ondulada caía salvajemente sobre sus hombros. Y su falda, ahora recogida con un nudo, descubría unas delicadas piernas. ¡Algo impropio de una damisela! Pero parecía que a nadie le importaba, ni siquiera a las otras mujeres de la sala.

Marie me encontró entre la multitud y vino hacia mí. Noté una fuerte presión en el pecho que me cortó la respiración a la vez que mi cuerpo se tensaba con cada uno de sus pasos. El olor de las rosas atrapó mis sentidos.

– Señor Fernsby. – su tono era más formal de lo habitual - Aquí tiene su sopa y además una de nuestras famosas empanadas. ¿Deseará

acompañarla con cerveza u otra bebida?

No pude contestarle. En aquel momento lo único que deseaba era que me tuteara como al resto de sus clientes, ansiaba poder acariciar aquella piel que parecía de terciopelo y anhelaba acercarme a esos carnosos labios rosados.

– ¡Richard! Que alegría verte aquí – Robert apareció por la puerta de la posada devolviéndome a la realidad – Ya veo que has conocido a mi prometida.

– ¿Prometida? – murmuré

– Robbie – dijo risueña Marie - ¿Dos empanadas y una cerveza negra?

Robert cogió asiento junto a mi, atrapó la delgada cintura de Marie y la sentó sobre sus piernas.

– ¡Cómo me conoces mi amor! – dijo mientras le besaba el cuello y Marie dejaba escapar una risilla cautivadora

Clavé mis ojos en mi antiguo compañero. Sus cabellos, que recordaba dorados, se tornaron blanquecinos, lacios y faltos de vida. Sus facciones duras y masculinas se transformaron en una masa grasienta que impedía distinguir dónde acababa su cara y dónde empezaba su cuello. Su cuerpo estaba embutido en un chaleco básico y vulgar de cinco botones que estaba a punto de explotar. El hedor que desprendía me recordaba a las sucias y marginales calles de Edimburgo. Y eso que asomaba en su espalda ¿era una joroba?

Capítulo 2